

La economía de las relaciones de género en *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen

Sonia HERRERA SÁNCHEZ

ata, citation and similar papers at core.ac.uk

brought to you

provided by Portal de Revistas Científicas

Facultad de Ciencias de la Comunicación
Departamento de Comunicación Audiovisual y de Publicidad I (Estudios audiovisuales desde la perspectiva de género)
sonia.herrera.s@gmail.com

Recibido: 1.05.2012
Aceptado: 15.10.2012

RESUMEN

El presente artículo pretende ser una aproximación con *gafas de género* a los sistemas de transmisión o ruptura del patriarcado a través de una de las obras más conocidas de la literatura inglesa de principios del siglo XIX: *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Para ello, se desentrañará el funcionamiento de la economía de género en la mencionada novela, confrontándolo con los procesos educativos de la época y los primeros indicios de individualización femenina en la sociedad moderna.

Palabras clave: economía, género, literatura, Jane Austen, matrimonio.

The Economics of Gender Relations in *Pride and Prejudice* of Jane Austen

ABSTRACT

This article tries to be a gender approach to transmission systems or broken patriarchy through one of the best known works of English literature from the early nineteenth century: *Pride and Prejudice* by Jane Austen. To this end, will be clarified how works the gender economy in that novel facing and comparing it with the time being educational processes and the first signs of women individualization on modern societies.

Keywords: economy, gender, literature, Jane Austen, marriage.

“Troca pues, mi hija,
tu pluma en aguja,
quema tu papel;
te has de resolver
a hilar, a coser:
ése es tu oficio”.

Citado por Choderlos de Laclos (sobre Madame de Genlis)

1. INTRODUCCIÓN

*Orgullo y prejuicio*¹ se centra en “la dificultad y la importancia de conocer realmente a la otra persona” (Wiltshire, 2001: 99), por lo que se trata de lo que suele denominarse un drama de reconocimiento. El argumento del mismo gira en torno a la sosegada vida de la aristocracia rural de la campiña inglesa, y de la familia Bennet en concreto, que se ve alterada cuando llegan dos nuevos vecinos, Bingley y Darcy, dos hombres de la alta sociedad que son considerados por la señora Bennet como los perfectos pretendientes para cualquiera de sus hijas. Pero los planes casamenteros de la madre se verán mezclados con las intenciones individuales de cada una de las jóvenes.

Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy, los principales protagonistas, encarnan los valores o defectos que dan título a la novela. Para alcanzar la felicidad, Darcy deberá superar el orgullo de clase, mientras que Elizabeth deberá dejar a un lado los prejuicios hacia él.

En la novela de Austen, aparecen otros personajes importantes como Lady Catherine que se erige como una interlocutora representativa de la clase alta, tía de Darcy y persona insigne para el señor Collins que por el contrario se convierte en el blanco de la crítica por su afán de realizar un buen matrimonio o de mejorar su situación económica, su hipocresía, su pedantería y su exagerada devoción hacia Lady Catherine de Bourgh.

En palabras de Mudrick, los personajes en la novela de Austen se dividen en simples, aquellos que no tienen un trasfondo cambiante, y en complejos, aquellos que van cambiando a lo largo del texto (1986: 77). Como se ejemplificará a lo largo del presente artículo, la principal transformación de Elizabeth Bennet se produce cuando ésta sucumbe al discurso de la domesticidad y del matrimonio y, por consiguiente, de la mujer relegada al hogar, al ámbito privado que deja de reclamar su individualidad.

El amor romántico, el patriarcado y los albores del capitalismo se entrelazan en esta novela mediante la fina y elegante ironía que caracterizaba a la obra de Austen donde el matrimonio², las diferencias entre clases sociales, el discurso de la domesticidad y la posición social de la mujer se asumen y se cuestionan al mismo tiempo.

¹ Austen escribió *Orgullo y prejuicio* entre 1795 y 1796, pero no publicó esta obra hasta 1813.

² “Todas las heroínas de Austen se dedicaban a buscar marido y la mayoría lo conseguía, pero eso no se correspondía con la realidad de la Inglaterra de inicios del XIX. Aproximadamente del diez al doce por ciento de las inglesas fueron solteras toda su vida, incluyendo a la misma Jane Austen” (Yalom, 2003: 216).

Jane Austen³ escribía sobre la sociedad que la envolvía y sus tejemanejes internos, una sociedad aletargada⁴ por los bailes y las apariencias⁵: “Pese a pertenecer a las clases medias y retratar la vida del círculo social al que pertenecía, Austen ironizaba al tiempo que criticaba la vacuidad de ciertos representantes de la clase a la que pertenecía” (Waldron, 1999: 7 en Miquel-Baldellou, 2011).

El contexto social de la autora decimonónica es el de la aristocracia y las rectorías rurales de los condados del sur; las comunidades campestres gobernadas de manera paternalista. Es este también el entorno que refleja en sus obras: jóvenes que leen novelas, asisten a bailes, conocen a jóvenes y buscan un buen partido, cumpliendo el plan lineal tan correctamente representado en *Orgullo y prejuicio* de “juzgar, escoger y conocer”.

Su primera frase es una de las más famosas en la literatura inglesa: “It is a truth universally acknowledged, that a single man in possession of a good fortune, must be in want of a wife”.⁶ Decía Marx también en el primer capítulo de *El capital* que “no es el intercambio el que regula la magnitud de valor de la mercancía, sino a la inversa la magnitud de valor de la mercancía es la que rige sus relaciones de intercambio”. Como se desarrollará más adelante, esa confluencia entre la “verdad universalmente conocida” del matrimonio y las transacciones económicas era una constante en el contexto histórico retratado en *Orgullo y prejuicio*.

A finales del siglo XVII y principios del XIX, época en la que vivió y escribió Jane Austen, el movimiento literario que dominaba Europa era el romanticismo y sus máximos representantes son en Francia Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Baudelaire; en Alemania Goethe y en la propia Inglaterra autores como Walter Scott, Lord Byron o Mary Shelley. Sin embargo, Austen, es contraria a este movimiento. Su estilo es racionalista, busca la explicación y la utilización de la razón en contra del instinto.

³ Jane Austen nació en la parroquia de Steventon, Hampshire en el año 1775, “la Revolución Francesa la sorprendió siendo una adolescente. Rousseau, Adam Smith y Johnson eran autores que convulsionaban la filosofía, la economía y la literatura de la época” (Freire, 2004: 22). -Como se verá más adelante en el presente trabajo, Rousseau tiene gran importancia en la construcción del prototipo de educación que recibían las mujeres y en la economía de las relaciones de género imperantes-. Austen era hija del rector de la parroquia mencionada y era la séptima de ocho hermanos. No nació en el núcleo de una familia rica, pero sí bien relacionada y con un alto nivel cultural. Hasta los 11 años estudió en diferentes colegios junto a su hermana Cassandra. A partir de entonces, Jane Austen prosiguió su educación en casa. Es precisamente en este periodo, antes de los 25 años, cuando escribió tres de sus obras más importantes: *La Abadía de Northanger*, *Sentido y Sensibilidad* y *Orgullo y Prejuicio*.

⁴ En alusión a esa sociedad aletargada, Evelyne Sullerot describe el siglo XIX como “un despertar de tantas cosas, una mutación tan profunda y al mismo tiempo esa corteza de aburrimiento, esas costumbres osificadas de la burguesía, esos corsés y esos cuellos tiesos” (1970: 85).

⁵ La hipocresía imperante en las clases acomodadas de la época, obligaba a las mujeres a representar un papel en sociedad como refuerzo de su estatus social y económico.

⁶ “Es una verdad universalmente reconocida que todo hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita esposa”.

Tal como expresa Robert Barnard en su *Breve historia de la literatura inglesa*, Jane Austen “recelaba de los excesos románticos y solía burlarse de ellos. (...) El realismo y la claridad con que Jane Austen se aproxima a la vida y a las posibilidades que ésta ofrece, su idea de que las personas tenemos que sacar el máximo partido de un destino hostil y de que si tomamos decisiones absurdas debemos soportar lo irremediable, confiere a sus novelas un tono muy distinto del que anteriormente daban los poetas románticos, para quienes la vida era un todo o nada, placer o suicidio” (Barnard, 2002: 167).

Según Barnard, Austen tenía una “concepción de la vida totalmente realista; sin sentimentalismos, sin tiempo para excesos afectivos. (...) Hace honor a los valores neoclásicos de moderación, dignidad, control afectivo y sensatez, vertiendo su aguda ironía sobre los descabros amorosos” (Barnard, 2002: 171).

Teniendo en cuenta, el cuadro elaborado por Enrique Gil Calvo sobre la evolución histórica de las relaciones de género (ver a continuación), la época en la que Jane Austen escribió *Orgullo y prejuicio* y el propio relato pertenecen a la primera etapa y se caracterizan por las siguientes estructuras, estrategias e instituciones sociales:

<i>Tipos Históricos:</i>	Relaciones PREMODERNAS (hasta 1800)	<i>Primera Ruptura</i> (1800-1900)
INSTITUCIONES: Normas, Sanciones Poder Simbólico <i>Framing</i>	FAMILIA DE LINAJE TRONCAL O EXTENSA <i>Matrimonio de interés</i> PATRIARCADO	REVOLUCIÓN BURGUESA LIBERALISMO
ESTRATEGIAS: Relaciones Poder e Intercambio	INTERCAMBIO FAMILIAR <i>Hipergamia/homogamia</i> <i>Sumisión femenina</i>	INDIVIDUALIZACIÓN MASCULINA
ESTRUCTURAS: Modo Producción División trabajo Estratificación	ECONOMÍA AGRARIA <i>Propiedad familiar</i> <i>Trabajo sin remunerar</i> PATRIMONIALISMO	CAPITALISMO REVOLUCIÓN INDUSTRIAL MODERNIZACIÓN

Como se ha apuntado anteriormente, *Orgullo y prejuicio* describe “las costumbres de un sector social inglés determinado, el de la gente de buena crianza rural –la *gentry*–, que limita al Norte con la aristocracia y al Sur con la clase media” (Pitoh, 1968: 354). En esa descripción de la estructura social, el patrimonialismo y la propiedad familiar juegan un papel primordial dentro de la economía familiar agraria. La revolución industrial y el liberalismo todavía no se han desarrollado, y por ende, todavía no podemos hablar de una modernización de la sociedad. Pero lo que sí podemos atisbar en la novela de Jane Austen, son los preludios del capitalismo

(relacionado aquí con el patriarcado) y de la individualización masculina, así como los primeros alegatos a favor de la individualización femenina, personificada en Elizabeth Bennet.

Aunque la sumisión femenina planea de forma implícita a lo largo y ancho del texto, el verdadero núcleo temático de la novela es el acto de buscar un marido de igual o mayor nivel socioeconómico (hipergamia) que mantenga o mejore el linaje de la familia a través de un matrimonio de interés⁷. La homogamia también será uno de los grandes pilares de las uniones matrimoniales de ese período: “Si bien todo el mundo coincidía en que la atracción mutua era deseable en el matrimonio, la mayoría opinaba que el amor por sí mismo no bastaba para producir una unión duradera. Tanto las novias como la sociedad misma debían considerar los antecedentes sociales y religiosos coincidentes, el respeto mutuo y los valores compartidos, en la elección del pretendiente” (Yalom, 2003: 209).

2. ELIZABETH BENNET Y LA IDENTIDAD DE GÉNERO: PRIMEROS INDICIOS DE INDIVIDUALIZACIÓN FEMENINA EN LA SOCIEDAD PREMODERNA

Elizabeth Bennet es ante todo una mujer inteligente con inquietudes propias⁸, lo cual, como ya se ha apuntado anteriormente, contrasta ampliamente con lo que se esperaba de una mujer en la época de Jane Austen: “La inteligencia⁹ y el sarcasmo de Elizabeth la separan del resto de mujeres de clase media, como su amiga Charlotte Lucas, y en especial, de muchas de las mujeres más distinguidas como la señorita Bingley o la señorita de Bourgh, hija de la Lady Catherine”. (Miquel-Baldellou, 2011).

⁷ Aunque el amor es un tema importante en las relaciones entre Jane y Bingley o Elizabeth y Darcy, como veremos más adelante, en la época y sector social del que hablamos, era algo añadido y accesorio respecto al pragmatismo económico. Tal como dice Marina Fe en su artículo “Jane Austen: el lugar de la ficción”, “en la mayoría de los casos el no casarse implica, además de una situación económica precaria, si no desesperada, una suerte de exclusión de la vida social en un medio donde las mujeres solteras no tienen lugar” (1991: 162).

⁸ Una figura destacada del discurso feminista aparecido en el Siglo de las Luces del que habla Pateman fue Olympe de Gauges que hizo frente a los grandes filósofos ilustrados de forma tajante y aplaudiendo a aquellas mujeres que como Elizabeth Bennet se atrevían a expresar sus propias ideas: “Nadie podrá ser molestado por sus opiniones o principios. Una mujer tiene derecho a subir al cadalso. (...) Los hombres mantienen que realmente no valemos más que para llevar a cabo el matrimonio y que las mujeres que desean cultivar su inteligencia, y se dedican a una literatura pretenciosa, son seres insoportables para la sociedad por no responder al concepto para el que la mujer es de utilidad, por lo que es una carga pesada. (...) La libre expresión de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciados de la mujer” (DE GOUGES, 2007: 344-353).

⁹ Madame du Châtelet en su *Tratado sobre la felicidad* (1740), centrándose en concreto en el conocimiento, escribió: “sólo le queda el estudio para consolarla de todas las exclusiones y de todas las dependencias a las que se encuentra condenada”.

Por aquel entonces, la identidad de las mujeres solamente podía ir relacionada con el parentesco, es decir, con las vinculaciones familiares que la mujer tenga. De ese modo, se definiría a sí misma en función de si está casada, quiénes son sus padres o si tiene hijos. En esta falsa identidad basada en las relaciones con los demás y no en la propia persona es donde se plasma el dominio del contrato matrimonial/sexual que se puede concatenar con la educación de las mujeres y su determinación patriarcal por parte de padres y maridos: “Durante siglos, la familia, con la autoridad del padre a la cabeza, brindó el modelo y la metáfora de las relaciones de poder y autoridad de todo tipo”.¹⁰

A lo largo de la Historia los seres humanos han establecido distintos tipos de relaciones subjetivadas de modos distintos. Por ende, el sistema patriarcal y las diferencias en las relaciones de poder entre sexos tienen un origen y un desarrollo y de ello se desprende que dicho orden patriarcal, si las subjetividades que modelan la sociedad cambian, puede llegar a desaparecer.

Tal como explica Almudena Hernando en su artículo “Género y sexo” (2008), históricamente los hombres han ostentado el poder y han desarrollado una mayor individualización que las mujeres sustentada paradójicamente en lo que se ha venido llamando “identidad de género femenina” o, lo que es lo mismo, “identidad relacional” que les garantiza su vinculación con el grupo. Esa necesidad nunca reconocida ni valorada por los varones de mantener sus relaciones emocionales a través de las mujeres es lo que caracteriza la “individualidad dependiente”.

La “identidad relacional” se caracteriza además por la ausencia de generación de deseos propios, la falta de cambios, la percepción del tiempo como un presente indefinido y cíclico, y el depósito de la seguridad propia en una instancia superior (ser humano-divinidad, mujer-hombre...).

3. LA EDUCACIÓN DE UNA DAMA

“La educación de una persona, supone su preparación para desempeñar en la sociedad, la función a la que se le destina” (Segura, 2007: 66). El problema de la frase de Cristina Segura reside precisamente en la “función” a la que históricamente se ha destinado a las mujeres.

¹⁰ Rousseau definió el contrato social como un mecanismo que hacía que los individuos se sometieran voluntariamente al Estado y a las leyes. En origen ese contrato presupone que mediante la obediencia de los individuos hacia la Ley, éstos recibirán a cambio la protección del Estado. Del mismo modo, tradicionalmente la mujer se ha sometido a la obediencia hacia el varón a cambio de la “protección” del mismo.

Simone de Beauvoir escribió en su obra *El segundo sexo* que “no se nace mujer, se llega a serlo”. Todavía se puede ir mucho más allá y afirmar que efectivamente no se nace mujer, sino que nos “construyen” en función de los roles tradicionales de género adjudicados a las mujeres. Por esta razón se debe tener siempre en cuenta la estrecha relación que se da entre la conformación sociocultural del sexo y los procesos educativos. Esa construcción tanto del sexo como de los roles de género involucra diferentes factores de socialización como la educación (formal y no formal), los cuentos, los juegos, los bailes¹¹...

En los albores del siglo XIX, época en la que se publicó *Orgullo y prejuicio*, el concepto de educación rousseauiano seguía de plena actualidad, aplicándose a la educación de las mujeres. A lo largo del texto de *El Emilio*, Rousseau reitera que Sofía debe estar sujeta a la voluntad del hombre y a las opiniones ajenas con tal de ocupar lo que él denomina “el puesto adecuado en el orden físico y moral” y basándose en la supuesta diferencia de constitución de carácter de los dos sexos para justificar la educación discriminatoria y diferencial que por ello debía recibir Sofía. En relación a esto el autor escribió: “el sistema de su educación debe ser contrario al nuestro; (...) debe estar en relación con la de los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos y hacerles grata y suave la vida son las obligaciones de las mujeres en todos los tiempos, y esto es lo que desde su niñez se les debe enseñar”.

De la lectura minuciosa del texto se extrae que para Rousseau la educación de las mujeres debía concentrarse en el cuidado y en las tareas relacionadas con éste. Al mismo tiempo y con gran habilidad demagógica el filósofo ilustrado adjudicaba el gusto natural por estas labores a las mujeres: “todas las niñas aprenden con repugnancia a leer y a escribir, pero aprenden siempre con mucho gusto las labores de aguja”. En la misma sintonía, más adelante, se puede leer: “siendo la dependencia el estado natural de las mujeres, se inclinan a la obediencia”. La posición de Locke sobre este aspecto en esencia se resume en que alguien debe hacerse cargo de la familia y ese alguien debe ser el hombre por su “mayor fuerza de mente y cuerpo”.¹² Pero este es un principio funcional y económico, ya que en realidad las que se hacían cargo del cuidado familiar tal como explica Rousseau eran las mujeres en todo momento.

¹¹ En *Orgullo y prejuicio* “bailar se muestra como un placer exquisito, un modo de burlar la estricta vigilancia de los mayores y de rozarse con otros cuerpos. Los dos personajes principales se conocen, de hecho, en un baile, y ser elegido o despreciado, bailar bien o no, marca la diferencia en la relación amorosa” (Freire, 2004: 34).

¹² Afirmación de Locke dentro de LAQUEUR, Thomas. *La construcción del sexo: Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ed. Cátedra, 1994. Pág. 330.

Por otra parte y dejando a un lado las pautas de comportamiento que, según Rousseau, las mujeres deben tomar en relación al cuidado de sus familias y maridos, el autor resalta los atributos de la belleza¹³ de las mujeres y su delicadeza como algo que debe ser cultivado con mucha mayor dedicación que el conocimiento.

Rousseau todavía va más allá en su rechazo a la educación de las mujeres en igualdad de condiciones que los hombres rechazando toda vinculación de los aprendizajes que éstas puedan adquirir con la razón: “El hombre dice lo que sabe, y la mujer dice lo que agrada; el uno para hablar necesita conocimiento y la otra gusto; el principal objeto de él deben ser las cosas útiles, y el de ella las agradables”. Rousseau es sentencioso cuando asegura que “las mujeres no pueden razonar del modo requerido (y de todos modos estarían impedidas de hacerlo). Los principios abstractos y las verdades especulativas quedan preservados para los varones. [Y para no dejar lugar a dudas sobre su parecer] Rousseau se mofaba de las mujeres educadas: «una esposa brillante es una plaga para el esposo, sus niños, sus amigos, sus asistentes, todos... Fuera de su hogar siempre queda en ridículo... Estas mujeres de gran talento nunca impresionan sino a los tontos»” (Pateman, 1995: 143).

Y efectivamente, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, durante la regencia de Jorge III, y siguiendo los preceptos ilustrados, la educación de las mujeres en Inglaterra seguía plenamente orientada a sus futuras labores de “señora de la casa”, esposa y madre: “Las niñas recibían una educación básicamente ornamental: nociones de aritmética, de geografía e historia. También se dedicaban a trabajos de aguja e hilo, muy apreciados en aquella época. (...) Tocaban el piano un poquito y cantaban otro poquito. Se les enseñaba a bailar y en ocasiones organizaban un teatro de aficionados. Cuando hacían su entrada en sociedad, se las suponía adiestradas en las habilidades adultas” (Freire, 2004: 24).

Por el contrario, Austen se aleja de ese concepto de educación y crea una protagonista que constantemente se aparta del decoro que se le presume a una mujer educada: “Elizabeth Bennet es la heroína preferida de las que crea Jane Austen, la más perspicaz y la más independiente. Hija de padres irresponsables, cada uno a su manera, asume gran parte del peso moral de la familia. Está completamente integrada en la alta sociedad de su tiempo y acepta en general sus valores, pero sorprende a los personajes más débiles por la facilidad con que está dispuesta a expresar sus

¹³ Muchos autores centralizan las virtudes de la mujer en la belleza, en lo puramente decorativo, sin atribuirles ninguna predisposición para el conocimiento y la reflexión. ¿Pero qué ocurre cuando una mujer se aleja del canon patriarcal de la belleza? Durante el primer baile en Netherfield en que se produce un acercamiento entre Bingley y Jane, Elizabeth oye a escondidas el presuntuoso comentario de Darcy, dando a entender que su belleza no es suficiente para tentarlo, pero sí lo hará su inteligencia más adelante.

opiniones. Para los miembros más estúpidos de la sociedad educada tener ideas claras¹⁴ era de por sí ineducado” (Barnard, 2002: 168).

A modo de ejemplo, veremos como en un diálogo entre Darcy y la señorita Bingley en Netherfield, éstos hablan de los conocimientos que debe poseer una dama, describiendo minuciosamente el ideal de mujer cultivada de la época:

“— No puede decirse que una mujer sea realmente cultivada si no supera con creces lo habitual. Debe tener un profundo conocimiento de la música, del canto, del dibujo, del baile y de los idiomas modernos; y, además de todo eso, poseer algo indefinible en su figura y ademanes, en el tono de voz y en la forma de expresarse: de lo contrario, sólo merecerá a medias ese calificativo.

— Y a todo esto hay que añadirle algo más sustancial —dijo Darcy—: el perfeccionamiento de su intelecto mediante la lectura.

— No me extraña que sólo conozca a seis mujeres cultivadas. Lo que de veras me sorprende es que conozca a alguna¹⁵” (Austen, 2009: 56).

En otro episodio de la novela, Lady Catherine¹⁶ interroga a Elizabeth en relación a su educación y la de sus hermanas, mostrando su disconformidad:

“— (...) ¿Dibuja usted?

— No, en absoluto.

— ¿Y alguna de sus hermanas?

— No, ninguna de ellas.

— Es muy extraño. Pero supongo que no han tenido la oportunidad. Su madre tendría que haberlas llevado a Londres todas las primaveras en busca de buenos profesores.

— Mi madre no habría puesto el menor reparo, pero mi padre detesta la ciudad.

— ¿Les ha dejado ya su institutriz?

— Jamás hemos tenido una.

— ¿Que no han tenido institutriz? ¿Cómo es posible? ¿Cinco hijas educadas en casa sin una institutriz? Es la primera vez que oigo algo semejante. Su madre ha debido ser una esclava de su educación.

Elizabeth tuvo dificultades para no sonreír mientras aseguraba a su anfitriona que no había sido ese el caso” (Austen, 2009: 191).

La heterogeneidad de carácter de los personajes femeninos de *Orgullo y prejuicio*, está en muchos casos íntimamente ligada con la educación recibida. En ese sentido, Elizabeth afirma lo siguiente:

¹⁴ Aunque Robert Barnard no lo dice claramente, se intuye que la reprobación hacia el “tener ideas claras” y manifestarlas está mal visto cuando atañe a las mujeres.

¹⁵ Según Óscar Sánchez, esta última frase de Elizabeth Bennet muestra su desapego a “las convenciones a propósito de las perfecciones propias de las damas” de la época (2005: 115).

¹⁶ En la novela de Austen, Lady Catherine se erige como una virtuosa del piano, así como su hija, a la par que reta a Elizabeth a que haga una exhibición de su talento musical.

“— (...) a las que quisimos instruirnos nos dieron toda clase de facilidades. Siempre nos animaron a leer, y tuvimos todos los profesores necesarios. A las que prefirieron la ociosidad les dejaron obrar con total independencia” (Austen, 2009: 192).

Esa educación relajada que tanto escandaliza a Lady Catherine es la raíz de dos tipos de mujeres claramente diferenciados que buscaban la citada independencia de formas muy distintas:

- Las que optaron por la instrucción y la cultura como Elizabeth y Mary.
- Las que centraron todos sus esfuerzos en casarse como Jane y Lydia¹⁷.

Orgullo y prejuicio deja claramente reflejado que la vida de la mujer gira en torno del matrimonio, el propio en su juventud y el de hijas, parientes o conocidas en su madurez. Es la forma en la que se retrata ese afán, donde Austen sitúa la crítica hacia esa opción única de realización destinada a las mujeres que a su vez, como veremos en el siguiente apartado, suponía el mejor dispositivo para que la unidad familiar al completo mejorara su posición económica.

Un ejemplo de esa crítica, es la caracterización ridícula de la señora Bennet, cuya carencia de educación e inteligencia se describe como la causa de su obsesión por el matrimonio¹⁸:

“Ella tenía un carácter mucho más fácil de descifrar. Era una mujer de pocas luces, escasos conocimientos y temperamento indeciso. Cuando algo le disgustaba, se creía enferma de los nervios. Su meta en la vida era casar a sus hijas; su solaz, los chismes y las visitas” (Austen, 2009: 15).

4. MATRIMONIO Y PATRIMONIO: LA ECONOMÍA DE LAS RELACIONES DE GÉNERO

Para comprender lo que significa el dinero en la sociedad descrita por Austen en *Orgullo y prejuicio* es necesario centrarse en lo que Viviana A. Zelizer denomina una “visión cultural de la dimensión económica de la vida social (centrada en la

¹⁷ Esta última quizás es, además de la que profesa una mayor devoción por la vida matrimonial, la única que encarna todos los defectos censurados y criticados por la alta sociedad de la época: la frivolidad y la coquetería.

¹⁸ “En la novela de Austen, tras el baile en Netherfield, Jane recibe una misiva procedente de la señorita Bingley invitándola a pasar unos días en su propiedad. Dispuesta a prolongar la estancia de su hija mayor en Netherfield, la señora Bennet insta a Jane a viajar sin carruaje para que su premeditada indisposición apele así a la generosidad de los Bingley y le acojan en Netherfield más días de lo que habían previsto en un principio” (Miquel-Baldellou, 2011).

comprensión de los sentidos sociales del dinero y de los mercados)” (2009: 16), en este caso en la transición del siglo XVIII al XIX.¹⁹

El matrimonio es una pieza clave en la obra de la autora²⁰ y, por ello, se puede cometer el error de ver en sus obras una simple trama romántica en la cual la heroína acabará casándose con quien quiere. Así se pone de manifiesto en el primer capítulo, en el que la señora Bennet planea casar a una de sus hijas (no importa cuál) “con el recién llegado, joven y rico” (Barnard, 2002: 168):

“— Si pudiera ver a una de mis hijas felizmente instalada en Netherfield —dijo la señora Bennet a su marido—, y a las otras cuatro igual de bien casadas, todos mis deseos se verían colmados” (Austen, 2009: 22).

Sin embargo, se debe tener en cuenta que en el ámbito en que Austen se mueve el matrimonio no sólo es el único objetivo en la vida de las mujeres sino que es también la única solución. Su posición no les permite ningún tipo de trabajo físico y su educación no es la suficiente para poderse independizar sin ayuda, por tanto la única salida es la búsqueda de un matrimonio conveniente, teniendo como ideal uno en que haya lugar para el afecto pero sin dejar de lado las cuestiones económicas, ya que serán el único sustento de la mujer. Por las mismas razones la soltería muchas veces no es factible, ya que es necesario un pariente capacitado para poder hacerse cargo de ella.

Por tanto el matrimonio será visto desde el pragmatismo, por el cual la mujer deberá sacar el mejor partido a una de las pocas cuestiones donde tiene un papel importante:

“En las consideraciones matrimoniales, la pasión amorosa no podía ser ajena a las realidades económicas ni cuando se mezclaba con aspiraciones morales. La cuestión fundamental era si el marido podía mantener a la esposa. El amor y el dinero no fueron sólo temas de la narrativa inglesa desde Jane Austen a Edith Wharton; fueron las bases fundamentales de la sociedad del siglo XIX. Aunque la altruista Elizabeth Barrett Browning condenaba los matrimonios de conveniencia como una forma de «prostitución legal» que algunos llevaban a cabo como para «iniciar un negocio», (...) por lo general todo el mundo coincidía en que casarse sin dinero era, cuando menos, «imprudente»” (Yalom, 2003: 212).

¹⁹ Al igual que Zelizer, Jane Austen ofrece “una visión «conectada» de la vida social, restituyendo la humanidad de las relaciones entre los sujetos (plenas ambivalencias, deseos, frustraciones, intereses)” (2009: 12).

²⁰ “Las novelas de Austen se centran en chicas o mujeres jóvenes y siempre terminan en compromiso o matrimonio” (Barnard, 2002: 167).

Tal como se ha introducido al principio del presente artículo, en la obra de Jane Austen pesa una enorme practicidad y racionalidad alrededor del amor²¹, del matrimonio y de los sentimientos en general. Por ello, uno de los mayores peligros a los que están sometidas sus heroínas es el de “equivocarse al elegir pareja, bien sea por inmadurez o por falta de disciplina afectiva” (Barnard, 2002: 169). El asomo de error en Elizabeth Bennet se da cuando sus inclinaciones se dirigen hacia Wickham, al que Barnard describe como un “partido aceptable, con sus historias de estar románticamente enajenado” (2002: 169). Teniendo en cuenta estos atributos, es más que comprensible que la novelista no eligiera a éste personaje como el adecuado.

La amiga de Elizabeth, Charlotte Lucas, decide contraer matrimonio con el señor Collins pese a no estar enamorada de él en cuanto Elizabeth rechaza la propuesta de matrimonio que el mismo personaje le había hecho con anterioridad. Charlotte Lucas, ante su inminente boda, explica a su amiga sus motivos y ejemplifica la concepción práctica del matrimonio que se tenía en esa época:

“— Sé lo que sientes —replicó Charlotte—, estás sorprendida, muy sorprendida. Hace tan poco que el señor Collins quería casarse contigo... Pero, cuando hayas tenido tiempo para reflexionar, espero que entiendas lo que he hecho. Ya sabes que no soy nada romántica. Nunca lo he sido. Lo único que quiero es un hogar agradable; y, teniendo en cuenta el carácter del señor Collins, sus relaciones y su posición social, estoy convencida de que mis posibilidades de ser feliz con él son tan grandes como las de la mayoría de la gente que contrae matrimonio” (Austen, 2009: 149).

Si bien *Orgullo y Prejuicio* a menudo ha sido considerada como la novela romántica más popular de la época de la Regencia en Inglaterra, la obra de Jane Austen ha adquirido trascendencia precisamente por describir escrupulosamente la situación de las mujeres de clase media o pertenecientes a la *gentry*, como se ha explicado anteriormente, en un contexto social en que únicamente podían sobrevivir económicamente a través del matrimonio, ya que las fortunas únicamente se legaban en herencia para ser percibidas únicamente por varones.

Como ejemplo, encontramos el caso de Collins como heredero de los bienes de la familia Bennet:

“Los bienes del señor Bennet consistían casi exclusivamente en unas tierras que le rentaban dos mil libras anuales, y que, por desgracia para sus hijas, al no tener un vástago varón, serían heredadas por un pariente lejano”²² (Austen, 2009: 43).

²¹ “Para Jane Austen la visión romántica del amor era una locura peligrosa” (Barnard, 2002: 169).

²² “Pese a que Collins no pertenece al círculo aristocrático de Lady Catherine y Darcy, su posición de usurpador de Longbourn lo sitúa en una condición social y económica ciertamente acomodada que contrasta con la precariedad con que viven los Bennet, conocedores de que su dicha depende de la voluntad de un pariente lejano”. (Miquel-Baldellou, 2011).

Aunque si bien esa era la tónica general, *Orgullo y prejuicio* también contiene voces discordantes respecto a ese convencionalismo de la economía familiar:

“— Tengo entendido que el señor Collins heredará la casa y las tierras de su padre. Y me alegro por usted —dijo, volviéndose hacia Charlotte—. Pero no soy nada partidaria de que una heredad se aparte de la línea femenina”²³ (Austen, 2009: 191).

Pese a que Collins pretende “contraer matrimonio con Jane y Elizabeth para así santificar su dominio sobre la propiedad de los Bennet, otro personaje surge como claro ejemplo de la figura que desea adquirir una posición holgada a través de un buen matrimonio, como es el caso del señor Wickham, enemigo acérrimo del señor Darcy” (Miquel-Baldellou, 2011). En la novela de Austen, el origen de la enemistad entre Darcy y Wickham procede precisamente de la naturaleza derrochadora de Wickham, así como de su intento de arruinar el buen nombre de la joven hermana de Darcy, Georgiana, a la que Wickham propuso escapar con él sin haber contraído matrimonio para luego abandonarla. El paralelismo entre la ambición de Wickham por casarse bien pese a poner en entredicho la “virtud” de una dama, y la de Collins por adquirir la propiedad de los Bennet pese a condenar a sus primas a una vida de privaciones, constituye la mayor crítica de Austen hacia los personajes masculinos de su obra.

A pesar de la disconformidad implícita de Austen sobre el matrimonio de conveniencia sin amor²⁴ y por razones puramente pecuniarias, éste es, sin embargo, una institución incuestionable, y cuando Lydia Bennet huye con Wickham sin estar casados, el escándalo los envuelve por poner en entredicho “la honra y la virtud” de la chica y aunque serán perdonados seguirán siendo rechazados por todos²⁵. La buena educación, el honor, la decencia y la respetabilidad de la propia familia se cimenta en una moralidad religiosa y social que censurará con firmeza cualquier relación anterior al matrimonio que será vista como un acto de libertinaje. Ese es precisamente el caso de Lydia, cuando huye en secreto con Wickham. Al presuponer que ha habido relaciones sexuales durante la fuga, se ofrece una dote a Wickham²⁶ para que se case y salvaguardar así la reputación de toda la familia:

“— Pero ¿crees que Lydia está tan enamorada como para acceder a vivir con él sin pasar por la vicaría? ¿Puede haber perdido el juicio hasta tan punto?

²³ Las mujeres solteras no podían heredar.

²⁴ En la época en la que Jane Austen escribió *Orgullo y prejuicio* se procuraba que “los prometidos mostraran ciertas afinidades, o que contrajeran matrimonio presos del espejismo del enamoramiento, pero el fin principal del enlace era asegurar los ingresos de la pareja y los contactos de las familias” (Freire, 2004: 23).

²⁵ “Recordemos que las mujeres que quedaban embarazadas sin casarse eran objeto de la repulsa pública y familiar” (Yalom, 2003: 209).

²⁶ En este caso el beneficiario de la unión, al contrario que en el resto de historias relatadas en la novela, es un varón.

— Eso parece —respondió Elizabeth con lágrimas en los ojos—, y es realmente terrible poner en duda el sentido del decoro y la virtud de una hermana en una cuestión así” (Austen, 2009: 311).

Y de este episodio escandaloso las hermanas Bennet extraen una lección moral que tendrán en cuenta en sus futuras decisiones:

“— Por muy triste que sea este asunto para Lydia, nosotros podemos sacar de él esta lección tan provechosa: que la pérdida de la virtud en la mujer es irreparable; que un paso en falso supone su perdición; que su reputación es tan frágil como preciosa; y que toda cautela es poca en su trato con personas del otro sexo que sólo merecen desprecio” (Austen, 2009: 316).

Según Catherine Hakim, “en las sociedades modernas el matrimonio ha pasado de ser un estatus a un contrato” (2005: 5), pero si nos fijamos en la historia narrada en *Orgullo y prejuicio* y leemos de nuevo a Carole Pateman, vemos que el matrimonio siempre ha sido un “contrato sexual”. Según Pateman “las mujeres son el objeto del contrato. El contrato (sexual) es el vehículo mediante el cual los hombres transforman su derecho natural sobre la mujer en la seguridad del derecho civil patriarcal” (1995: 15).

La capacidad del contrato sexual (matrimonial) de determinar la vida de las mujeres y plantearlo de otro modo en que los “contratantes” establezcan sus condiciones libremente y respaldados por un verdadero y activo principio de igualdad. “En un contrato el hecho de ser varón o mujer es irrelevante. En un contrato de matrimonio propiamente dicho dos «individuos» deberían convenir sobre cualesquiera términos que resulten ventajosos a ambos. Las partes de tal contrato no serían «varón» y «mujer» sino dos poseedores de la propiedad de sus personas que llegan a un acuerdo acerca de tal propiedad para ventaja mutua” (Pateman, 1995: 232). El sometimiento de las mujeres ante los varones fue algo que Rousseau defendió a ultranza y que sigue presente en la educación patriarcal persistente: “La mujer está hecha para someterse al hombre, incluso para soportar sus injusticias”.

Ni Hobbes, ni Locke, ni Rousseau, ni muchos otros filósofos del contrato social consideraron nunca que la subordinación de la mujer por parte del hombre fuera un hecho político, sino que presentaban el matrimonio como una relación natural que se trasladaba a la sociedad civil. De sus escritos se desprende que todos ellos compartían la idea de que “el ilimitado deseo femenino debe siempre estar controlado por el derecho patriarcal. Las relaciones de las mujeres con el mundo social deben estar siempre mediatizadas por la razón del varón, los cuerpos de las mujeres deben estar siempre sujetos a la razón y al juicio de los varones si no se quiere amenazar el orden” (Pateman, 1995: 142).

Analizando a Hobbes, Carole Pateman afirma que: “Todos los siervos están sujetos al derecho político del amo. El amo es, entonces, amo también de los hijos de la mujer-sierva pues es amo de todo lo que sus sirvientes poseen. El poder de un amo sobre todos los miembros de la «familia» es un poder absoluto”²⁷ (Pateman, 1995: 70).

En su texto *El Emilio*, Rousseau relega a Sofía a la subordinación de aprender a satisfacer las necesidades del varón que será su futuro marido y con el que afianzará lo que Carole Pateman denomina el “contrato sexual”. Según Pateman “las mujeres son el objeto del contrato”²⁸. El contrato (sexual) es el vehículo mediante el cual los hombres transforman su derecho natural sobre la mujer en la seguridad del derecho civil patriarcal” (Pateman, 1995: 15).

El punto de inflexión de la novela de Austen, se produce cuando Darcy pide matrimonio a Elizabeth y ella le rechaza haciendo alusión a la intervención de Darcy para separar a su hermana Jane y a al señor Bingley por sus prejuicios sociales hacia su familia: “Pese a esta violenta reacción, es a partir de este episodio que Elizabeth sucumbirá, progresivamente, a un discurso doméstico y reaccionario, que culminará con la carta de Darcy, su proposición de matrimonio, su visita a Pemberley, los prejuicios sociales de Lady Catherine, así como el importante papel que juega el señor Darcy cuando Lydia escapa con Wickham y deben formalizar las condiciones del matrimonio” (Miquel-Baldellou, 2011).

Barnard describe así el pragmatismo que Austen plasma en el personaje de Elizabeth Bennet al aceptar la proposición de matrimonio de Darcy:

“(…) sabe que se ha equivocado personalmente al juzgar la actitud de Darcy frente a Mr. Wickham; ha descubierto la amabilidad con que trata a su hermana y a sus subordinados; sabe que ha ayudado a su familia; está segura de que es un hombre de principios sólidos; y ha visto la finca que tiene en Pemberley. (...) Los factores que garantizan el éxito matrimonial son la estima y el afecto, a lo que se añade una cucharadita de interés. No es que Elizabeth acepte a Darcy después de haber visto Pemberley, pero Pemberley sí tiene algo de peso a la hora de decidirse: «en aquel momento Elizabeth comprendió que ser señora de Pemberley no tenía nada de desdeñable»” (Barnard, 2002: 169).

²⁷ Al igual que Hobbes, Locke también sostiene que las mujeres están naturalmente subordinadas a los varones.

²⁸ “Y, desde luego, una vez que la joven se casaba, su principal cometido era la maternidad. (...) La belleza y la esbeltez desaparecían pronto, y los maridos también: disipado el interés por el sexo, o impedido éste por el embarazo o la recuperación del parto, y excluido el hombre del mundo femenino de una manera tan rotunda como lo era la mujer del masculino, la mayor parte de los matrimonios terminaba siendo lo que en el fondo habían disimulado bajo ilusiones: un contrato económico” (Freire, 2004: 23-24).

Pero tal como explica Claude Meillassoux, “la posesión de una dote no es suficiente para abrir las negociaciones matrimoniales. Todavía es necesario que el principio de esta negociación sea admitido y la calidad de los prometidos reconocida” (1993: 100). Esa calidad se determina por la distinción de clases²⁹ que estará muy marcada en esta obra, tal y como lo estaba en la sociedad en la que vivió su autora. La clase será fuente de orgullo y vanidad, y las relaciones entre clases distintas serán vistas por los pertenecientes a élite como algo indigno. Así, por supuesto, matrimonios entre clases no iguales serán actos extraordinarios y largamente comentados, como es el matrimonio entre Elizabeth y Darcy, que encontrarán grandes impedimentos, el mayor de ellos en Lady Catherine, tía de Darcy:

— No me interrumpa. Escúcheme en silencio. Mi hija y mi sobrino están hechos el uno para el otro. Descienden, por línea materna, del mismo noble linaje; y, por línea paterna, de dos familias respetables, distinguidas y antiguas, aunque no aristocráticas. Su fortuna, por ambos lados, es cuantiosa. Están destinados el uno para el otro por sus dos familias; y ¿qué es lo que va a separarlos? Las pretensiones de una joven advenediza sin abolengo, relaciones ni fortuna. ¿Puede tolerarse esto? ¡De ningún modo! Si supiera usted lo que le conviene, no saldría de la esfera en que se ha educado” (Austen, 2009: 386).

5. REFLEXIONES FINALES

Aunque han pasado varios siglos desde que Rousseau escribiera sus directrices sobre la educación que debían recibir las mujeres, muchos de sus postulados siguen aún vigentes. Probablemente en ciertos contextos esos postulados parezcan “agua pasada” pero en muchas sociedades las mujeres siguen siendo educadas con el único objetivo de ser una esposa y conseguir un matrimonio ventajoso.

Si bien es cierto, que la educación puede promover prejuicios contra las mujeres, también es “la forma más segura de incorporar cambios en los estereotipos de género y en el sistema de valores sociales” (Arenas, 2007: 27). Por ello, una interesante forma de intervención socioeducativa debe estar eminentemente relacionada con la enseñanza y con la representación de las mujeres en las distintas asignaturas y en todos los niveles de la misma.

En una lectura superficial, *Orgullo y prejuicio* podría parecer una novela romántica al uso³⁰, dejando a un lado la crítica implícita³¹ a los convencionalismos y a

²⁹ “Era una sociedad comunicativa, cortés y afable, en la que los buenos modales importaban casi tanto como el dinero, y el dinero casi tanto como la subcategoría a las que se pertenecía dentro de la clase” (Freire, 2004: 25).

³⁰ Probablemente, el final con la celebración de los matrimonios de Jane y Elizabeth sea lo más reaccionario de la novela.

la economía de la relaciones de género a la que estaban sometidas y sujetas las mujeres de la época si querían adquirir cierta “independencia” respecto a otros varones de su familia como padres o hermanos.

Pese a que diferentes críticos/as han puesto el acento en el discurso más doméstico y tradicional de la novela, especialmente tomando en consideración el final de la trama, algunos autores/as como Marilyn Butler, han defendido la importancia de la obra de Jane Austen como representación social de un cambio entre las relaciones premodernas y modernas y como denuncia de la situación de la mujer.

Un claro ejemplo de esas interpretaciones simplistas y acrílicas, la encontramos en el texto publicitario que la Metro Goldwyn Mayer utilizó para lanzar su adaptación al cine de la obra de Austen en 1940³²: “La caza del hombre más alegre y divertida que ha asediado jamás al soltero desconcertado, orquestada por cinco hermanas encantadoras. ¡Chicas! ¡Aprended la lección de las cazadoras de marido!”.

Una lectura crítica de los clásicos, en cambio, puede aportarnos esos “nuevos ojos” a los que aludía Marcel Proust y con los que daba comienzo este artículo, para desentrañar las desigualdades que todavía se esconden en forma de “agenda oculta” tras grandes obras de la literatura, la filosofía o el cine que se estudian en todas las escuelas sin ahondar en los valores que transmiten.

Durante el siglo XIX ciertos autores (todos varones) intentaron poner cortapisas a la independencia intelectual de las mujeres como Jane Austen trayendo a colación el mismo argumento basado en prejuicios sobre la calidad artística que esgrime la crítica hoy en día y que interrelaciona la cultura de masas con lo femenino y, por ende, con lo defectuoso.

Ese ataque persistente contra las mujeres como escritoras y lectoras que las devaluaba como sujetos constructores de conocimiento se deriva del temor a que la mayor instrucción de las mujeres conlleve un cuestionamiento mayor de las jerarquías y los roles de género y su incursión definitiva en los puestos de poder.

³¹ “El discurso profeminista al cual se adscrito la obra de Jane Austen en los últimos años tiene su reflejo en el afán luchador que caracteriza a las hermanas Bennet y, en especial, a Elizabeth, cuyos ideales parecen bien alejados de sucumbir a los preceptos propios de la domesticidad, el matrimonio y el patriarcado imperante en la época. Pese a que, gradualmente, Elizabeth deberá rendirse a ellos cuando empiece a considerar seriamente la proposición que recibirá por parte del señor Darcy”. (Miquel-Baldellou, 2011).

³² Citado por Anthony Lane, “Jane’s World”, *The New Yorker*, 25 de septiembre de 1995, pág. 107. En Fowler, 2005: 301).

BIBLIOGRAFÍA

- ARENAS FERNÁNDEZ, M^a Gloria et al. *Pensando la educación desde las mujeres*. Málaga: Servicio de Publicaciones Universidad de Málaga, 2007.
- BARNARD, Robert. *Breve historia de la literatura inglesa*. 2^a edición inglesa de 1994, traducción de Paloma Tejada Caller. Madrid: Alianza, 2002.
- DE GOUGES, Olympe. *Escritos políticos e literarios*. Santiago de Compostela: Servizo Galego de Igualdade/Sotelo Blanco Edicións, 2007.
- FE, Marina. “Jane Austen: el lugar de la ficción”. En VV.AA. *Ensayos heterodoxos*, Volumen 2. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- FOWLER, Karen Joy. *El club de lectura de Jane Austen*. Barcelona: El Aleph, 2005.
- FREIRE, Espido. *Querida Jane, querida Charlotte. Por la ruta de Jane Austen y las hermanas Brontë*. Madrid: Aguilar, 2004.
- HAKIM, Catherine. *Modelos de familia en las sociedades modernas: ideales y realidades*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI Editores. Colección Monografías, 2005.
- HERNANDO, Almudena. “Género y sexo”. Dentro de *Claves de razón práctica*. N^o 188. Diciembre de 2008.
- MEILLASSOUX, Claude. *Mujeres, graneros y capitales*. 10^a edición. Madrid: Siglo XXI, 1993.
- MIQUEL-BALDELLOU, Marta. “Horrorizando a Jane Austen. Del matrimonio, la muerte y la mujer de clase media”. Dentro de *Océanide*, N^o 3, 2011.
- MUDRICK, Marvin. “Irony as Discrimination: Pride and Prejudice”. Dentro de *Jane Austen: A Collection of Critical Issues*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1963.
- PATEMAN, Carole. *El contrato sexual*. Barcelona: Ed. Anthropos, 1995.
- PITOL, Sergio. *Una imagen feminista de comienzos del siglo XIX*. México: Universidad Veracruzana, 1968.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques. *Emilio o De la educación*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- SÁNCHEZ VADILLO, Óscar. *Jane Austen*. Col. Mujeres en la Historia, n^o 32. Madrid: Edimat Libros, 2005.
- SEGURA GRAÍÑO, Cristina. “La educación de las mujeres en el tránsito de la Edad Media a la modernidad”. *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, N^o 26, 2007.
- SULLEROT, Evelyne. *Historia y sociología del trabajo femenino*. Barcelona: Ed. Península, 1970.
- WILTSHIRE, John. (2001). *Recreating Jane Austen*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- YALOM, Marilyn. *Historia de la esposa*. Barcelona: Ed. Salamandra, 2003.